47/149539

NOVELAS ERÓTICAS

PRENSA MODERNA se encarga de servir toda clase de obras, previa remesa de su importe, más 0,50 pesetas para gastos de envío certificado, por giro postal, cheque o en sellos de Correos.

R. LÓPEZ DE HARO

Un hombre solo. . . . . 5 ptas.

PEDRO MORANTE

La Vampiresa (2.ª edición). . . . . 5 »
I. Confesiones de una lesbiana. . . . . 5 »
II. Las infidelidades de Lolita. . . . . 5 »
La rebelde Clotilde. . . . . 5 »
Los ojos brujos. . . . . 5 »
Pasión. . . . . 5 »
La de los cabellos blancos. . . . . 5 »

GASTÓN PICARD

Las voluptuosidades de Mary. . . . . 5 »

ERNESTO FEYDEAU

Memorias de una mújer de mundo. . . . . 5 »

LUIS LEÓN

La carne manda. . . . . 4 »
Señoritas de la clase media. . . . . 5 »
Cómo ellas caen.—Dos series, a. . . . . 5 »
El pecado redentor (2.ª edición). . . . . 5 »
Niñas «bien» de casas «mal» (2.ª edición). . . . . 5 »
La maldad de los buenos. . . . . 5 »
Gente «mal» de casas «bien». . . . . 5 »

PÍDASE CATÁLOGO A

PRENSA MODERNA

APARTADO 8.012

MADRID

1925



LA NOVELA PASIONAL

Juan Caballero Soriano

EL FESTÍN DE LAS SÁFICAS

Ilustraciones de Penagos



Año II

N. 36

PRENSA MODERNA

MADRID

BIBLIOTE MADRI NACIONA

EN EL PROXIMO NUMERO

LA VICIOSA AUDAZ

NOVELA

POR

EVA LEÓN

Vuelva a nosotros, por obra y gracia de la pluma galana y desenfadada de nuestra ya popular colaboradora Eva León, aquella gentil y traviesa muchacha Clarita, hija del vicio y amante del vicio, al que ahora se lanza de lleno con una audacia que alboro-ta y escandaliza hasta en el propio París de los grandes pecados, donde ahora tiene su campo de acción la bella «Españolita».

Lea usted y coleccione todos los números

1572

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

¡Fustígame inclemente!
Sobre la roja herida
de mi sexo ardiente,
pon la temida
de tu boca mordente,
succionante, encendida,
voraz, enervadora;
¡que es como otra herida
perturbadora!

Dora Rosal terminó la poesía, la leyó varias veces; satisfecha, tomó de la papelera de plata un sobrecillo violeta, y encerró en él la cuartilla.

Dora Rosal es la más encantadora mujer del planeta, física y espiritualmente. Como el cuerpo es el vaso que contiene el espíritu, admiremos el mágico recipiente en donde late y vibra el alma pasional y romántica de Dora Rosal.

Dora es dorada; jamás un nombre se adaptó a una persona como en el caso de la excelsa poetisa;

su piel tiene un tono ambarino de tonalidad suave y delicada, algo del matiz del membrillo, de un membrillo rosado. Esbelta, sin ser alta; delgada, sin que se pueda afirmarlo, tiene ese tipo encantador, tan corriente hoy, que llena el *stand* del Hipódromo un día de carreras, y los salones del Ritz, las tardes de baile. Rubia como Eva, de pies inverosímiles como la *Maja* de don Francisco, y esculpida prodigiosamente en carne, todo sensibilidad, con decadentismos muy del siglo. Dos naranjas estallan bajo el blusón del pyjama, anudado a la mimbreña cintura; son los redondos senos divergentes, sobre los que la cabecita de rebelde melena de oro hilado se inclina al escribir en el sobre: *"Para el festín"*.

Levanta la primorosa testa, y bajo la frente purísima, tras la que se adivina una gran inteligencia, los ojos, de un azul grisáceo imponderable, tienen a veces luminosos destellos.

Nada de más exótico que el despachito de Dora Rosal. Colgado de azul celeste, la delicada muselina se riza en los muros y en el techo, del que pende un farolón rómbico, de flecos de seda en las esquinas, y en cuyas caras, unos pescados de lomos como serruchos, se recortan como negras siluetas sobre el verde transparente del fondo. Todos los muebles levantan muy poco del suelo; los sillones son pretextos para colocar inmensos cojines, así como el sofá, anchísimo, cuyo respaldar tiene una repisa, en la que figurillas de blanquísimo mármol, muñecos de trapo, damas con miriñaque y alegres ki-ri-kis, se alínean graciosamente. Sinfonía en blanco y azul, todos los muebles parecen de mármol, y todas las tapicerías, la encuadernación de los tomitos de la biblioteca giratoria, los cojines, los estores de los amplios balcones de aquel piso bajo a la calle Ferraz, tras los que se divisan los fondos de maravilla del Pardo y Guadarrama, semejan trocitos de cielo, entre los que aquel divino arcángel hembra, que es Dora, vive su vida de amor y arte, alejada del prosaico y ridículo torbellino humano.

Desde un rincón, sobre un ábaco de malaquita, una Minerva parece como presidir aquel tibio y perfumado lugar, donde la gran fantasía de la divina mujer de ámbar y oro rima sus bellas estrofas pasionales, aquellas canciones en las que su sexo, todo fuego, grita estremecido, poblando de luminosas imágenes eróticas el monacal ambiente cortesano.

Allí, en aquel fragante nido azul y blanco, bajo la dulce mirada de la noble Minerva, compuso el *Canto a Safo*, que la hizo inmortal. Reclinada en el muelle sofá, hundida en la caricia de sus azules cojines, concibió su *Gloria a Lesbos*, y asomada, quizá, a los miradores de su torre de marfil, cuando el sol teñía de grana los cristales y era allá, tras los montes del Pardo, una sangrienta herida por la que escapaba el día, halió la dulcísima cadencia de su *Oda a Venus*, su hermosa canción a la Venus roja, a la Venus de todos los ardores, a la madre inmortal de todas las caricias, a la rosada diosa que llevó en sus entrañas al travieso Cupido.

Dora, con la carita apoyada sobre la palma de su mano pulida, de su mano de abadesa, mano ideal para hacer sonetos y acariciar amantes, dejaba vagar su espíritu por el infinito mar del pensamiento. Sus ojos azules, de grisáceas tonalidades, miraban, sin ver, hacia un punto lejano. Un punto en el que halló el comienzo de una composición, que dice así:

PILITA

Bésame tú, Pilita, bésame
como sabes besar: calladamente.
¡Pilita, abrázame
muy dulcemente!
¡Toma mis blancos senos en tus manos,
de los tuyos, hermanos!
¿No ves cómo se agita mi cadera
que, amorosa, te espera?

* * *

Bésame tú, Pilita, bésame
con ese beso que, voraz, me agita.
Bésame más, Pilita;
Pilita, tómame.
Rocemos en ardiente lazo estrecho
los rubíes del pecho
y la fresa ardorosa
de la encendida rosa,
que parece en acecho.
¡Y, boca contra boca,
sintámonos morir, de modo y suerte
que nos llegue a las dos la misma muerte,
feliz final de nuestra angustia loca!



ilita, como una invocación que se realiza, sonriendo su carita de diablillo goloso entre los negros madejones del pelo en crenchas, en el dintel aparece, lanzando a Dora un beso con la punta de los dedos.

—¡Rica!

—¡Nena!

Corre la chiquilla hasta la mesa y, rodeando con sus bracitos desnudos la áurea cabeza ideal de la poetisa, la besa en plena boca, mordisqueando con sus dientecillos blancos y menudos los carnosos labios de la gentil rubia.

—Bonito traje—comenta Dora, cuando la preciosa morenita la deja libre del dulce yugo de sus ardientes abrazos.

Pilita abre los ojos, los grandes y asombrados ojazos negros, de largas y rizadas pestañas:

—¡Una birria! Me lo han sacado muy largo, y de aquí no me ciñe.

Al decir esto se coloca en el centro de la estancia, y da una vueltecita para que Dora la contemple y juzgue.

Un rojo saturno, que le da el aspecto de una gran amapola, es el color del trajecito de volantes, que apenas pasa de la rodilla y muestra las admirables pantorrillas. ¿De niña? ¿De mujer? No se podría asegurar, pues aunque los zapatos de raso negro, con su tacón de carrete y su hebilla diamantina, realzan más sensualmente las redondas mollitas de las pantorrillas, en la transparente media de tul embutidas, su misma homogénea redondez las infantiliza; resumiendo: son las apetitosas gordezuelas piernecitas de una nena ya mujer, que no ha dejado las muñecas, pero que ya siente un vago deseo de que se las admiren.

Catorce abriles contará Pilita; catorce mayos como catorce rosas rojas. El pecho marca unas ligeras combas en la vaporosa blusa, y los brazos morenitos, suaves y redondos, son de una correcta venusina hechura.

Inquietan los ojos, fieramente negros, de Pilita; atrae su boca pequeña, en corazón, y aunque al verla la carne se estremece con locuras y deseos de violación, el mismo asombro de aquellos ojos inocentes paralizan; la parvedad del pecho contiene, y aunque el cerebro, al posar los ojos en las piernas, forja cópulas arrolladoras al par que besos deliciosamente refinados, un paternal respeto invade el corazón del que la admira.

Al ver a Pilita, antes que en poseerla virilmente, en macho, se piensa en colmarla de caricias, en retozar con ella en discretos escarceos, en ir besándola desde la punta de los piececitos hasta la última hebra del cabello, sin dejar ni un centímetro de no poner un beso. ¡Ni un centímetro! ¡Ni aquellos seis escasos que ha de tener bajo el erizo perfumado de su vientre purísimo!

—¿Cuándo es la fiesta?—pregunta Pilita, que se ha sentado en el gran sofá, hojeando un gran álbum tomado al azar de la biblioteca de su amiga.

—Cuando venga Gaby de París—contesta Dora.

—Y ¿sabes cuándo viene?

—El domingo próximo.

—¡Qué gusto!—deja caer el álbum y palmotea alborozada; de repente se paraliza y sus ojos magníficos se quedan tristemente mirando a Dora.

—Pero ¿qué te pasa, loquita?—Al preguntarle, Dora se levanta, va hacia su amiguita, sentándose a su lado y, cogiéndola de las manos, la acaricia tiernamente.

—Nada; que, como no sea pronto, no sé si podré venir. Papá llega la semana que viene de Barcelona, y estando él, no hay pretextos para salir. Cuando vamos al cine lo hacemos siempre en su compañía.

—No te apures; yo iré a buscarte, y ya verás cómo hasta te dejan pasar la noche aquí. Ya sabes que tu padre no me niega nada.

—Como que te debe el destino de viajante.

—No, tontita; porque me aprecia.

—Y que lo digas; en casa no se habla más que de ti. A todas horas no se oye más que: "¡Cuidado con Dorita! ¡Qué chica más lista! ¡Qué situación se ha creado! ¡Ya quisieran muchos hombres, con sólo su esfuerzo, haber llegado donde ella!" ¡Como que muchas veces siento hasta celos!

—¡Tú!

—Sí. Celos de ti. Celos porque creo que va a venir alguien y te va a llevar de mi lado.

—¡Tontita! Si tú sabes que yo no quiero a nadie más que a ti. Pero tienes que ser prudente, porque ya sabes que todas las que nos reuniremos aquí el día de la fiesta estamos juramentadas a dos cosas: a odiar, mejor dicho, a despreciar a los hombres y a querernos todas entre todas, sin preferencia de ninguna clase.

—¡No sé si podré!

—Ya verás cómo sí. Cuando veas lo guapísimas que son, las desearás tanto como a mí. Gaby es morena como tú, sólo que es ya una mujer.

Pilita hizo un mohín de enfado, y exclamó:

—Yo también lo soy.

—Quiero decirte, diablillo encantandor, que Gaby tiene veinte años, ha nacido y vivido en París y ha de enseñarnos muchas cosas buenas. Mira, mira.

Al decir esto se levantó y, de entre los muñecos de la cornisa del sofá, extrajo un retrato, que mostró a Pilita.

—¡Qué mona es!

La fotografía era de una deliciosa mujer morena, que representaría unos veinte años, vestida con traje de baño *maillot*, bajo el que se apreciaban unas formas perfectas de mujercita muy fin de siglo.

—¡Pues mira esta otra!—dijo Dora, sacando otro retrato de entre las hojas de un libro—. Marichu Paz, la hija del sabio americano famoso. ¿Qué te parece?

Pilita, al contemplar a aquella espléndida mujer criolla, fotografiada en traje de tennis, no pudo contener un exclamación de asombro:

—¡Ah! Pero ¿dónde he visto yo a esta chica?

—En el cine; es la famosa Katy Reed, primer premio de belleza en Los Angeles; se ha retirado de la vida del *films*. Es cubana; su verdadero nombre es Marichu Paz.

—¡Qué guapa!

—Pero, además—añadió Dora—, vendrán Lolita y Niní.

—¿Las hermanas?

—Sí. ¿Qué te parecen?

—Un encanto. Pero...

—Pero ¿qué?

—¡Que te quiero y creo que sufriré!

—¡Nena!

—¡Nena! Vamos, Pilita. Es preciso que no te hagas a tal idea, sino todo lo contrario; que pienses que la noche de la fiesta será como una consagración de nuestra vida futura, principio de una serie de dulces y pecadoras orgías, en las que hemos de rendir un culto misterioso y refinado al placer.

Al dulce placer de las sáficas prácticas, todo delicadeza y ternura, en las que no prevalece, como en las que el hombre toma parte, la burda y grosera opresión bestial del mayor de nuestros enemigos. En amantísimos transportes, nuestras tibias carnes se darán en labiosas reciprocidades placenteras; en bellos y rebuscados grupos, unas a otras nos produciremos toda suerte de deleites, siendo todos los tibios rincones de nuestros cuerpos rosas abiertas a las abejas de nuestras bocas.

Al hablar así, Dora Rosal acaricia con su mirada turquesa la asombrada y fija expresión de las grandes pupilas negras de Pilita. La trae sobre la turgencia ebúrnea de su pecho en dos bolas de nieve partido, y dulcemente la besa en la entreabierta flor de los labios, que se ofrece como una roja confitura.

Por fin, la sienta sobre sus rodillas y, deslizando sus manos abaciales por las redondas y gorditas pantorrillas del encantador bebé moreno, inicia una ascendente caricia, que tiene estremecedores contactos de seda al llegar a la pulpa carnosa y blanca de los agitados y entreabiertos muslitos de la nena. Guirnalda de nardos son los brazos de Pilita alrededor del cuello de Dora, de un tenue tono de marfil viejo. Pronto mete el angelote de los ojos negros su manita atrevida por entre las solapas negras del pyjama de raso azul, y saca, mejor dicho, la seda tiene que arrugarse bajo el admirable seno de la gentilísima rubia, poco más de media esfera, en

cuyo centro, un polo de coral como una diminuta fresa atrae la boca de Pilita.

Besos rápidos, más largos, ligeros mordisquitos, hasta que al ver que el nerviosillo botón se enciende con la puntiaguda y ágil lengüecita, repiquetea en el vértice de aquella suave colina, en el pistilo de aquella divina magnolia, en el centro de aquella copa invertida, de rara y prodigiosa factura.

—¡Ah, Nenita!... Espera; mejor será que te desnudes. ¡Se te va a estropear el trajecito nuevo!

—¡No importa: me lo puse para gustarte!

La besa Dora rabiosamente en la boca.

—¡Pajecito mío! Pero no, aguarda. Ven. ¡Será mejor!

Entonces comienza a despojarla de la roja faldita, que semeja una inversa campanilla de fuego. De la blusita, que cae, como la otra prenda, sobre una de las butaquitas.

Pilita ha quedado con sólo la camisita negra, una graciosísima camisa *fascista,* que usa a escondidas de su madre; las medias de tul y los zapatitos de raso negro, de diamantina hebilla. El sombrerito pamela de negras cintas anudadas bajo la barbilla, la da el aspecto de una hermosa muñeca de bazar, una muñeca cara. Dora se lo quita también, y queda la divina cabecita de crenchas negras al aire; las ensortijadas sierpes caen, en brillantes tirabuzones, sobre los combados hombros, y al desprenderse de uno de ellos, resbalando por el torneado brazo moreno una de las cintas que sujetan la transparente



Pilita quedó con la camisa «fascista».

prenda, el titilante limoncillo del seno asoma sobre el canesú su rojo pico de pichón curioso.

—¡La camisa también!—exclama Dora, ardiendo ya su sangre en sáficos deseos arrolladores.

Y la nena no tiene más que encogerse graciosamente de hombros para que la tenue camisilla, como sombra impalpable, se deslice por toda su delicada figurilla y quede a los pies, encerrando los inverosímiles y elegantes estuches de los zapatos en un círculo negro.

Pilita quizá tenga las piernas demasiado gordas; pero aquella especie de falta de armonía del medio cuerpo de abajo con el resto de la figurilla la da un perverso encanto más. Dijérase que las caderas, los recios y combados muslos y las soberbias pantorrillas son demasiado grandes, comparados con los pechitos, picudos, pero pequeños, y los hombros estrechos. No obstante, en aquella anomalía está el brujo encanto de Pilita, pues su sexo, negro y poblado sobre el vientre, de un tono ligeramente moreno, florece como un hermoso crisantemo, en todo su desarrollo ya.

Dora queda también desnuda, pues, nerviosa, en dos tirones ha deshojado la rosa de te de su carne de los pétalos azules del pyjama.

No puede pedirse nada más perfecto, dentro del gusto estético de nuestro siglo, que aquel cuerpo gentilísimo de la admirable Dora.

No es la clásica concepción de la forma femenina, tal como la soñaron los griegos y la esculpie-

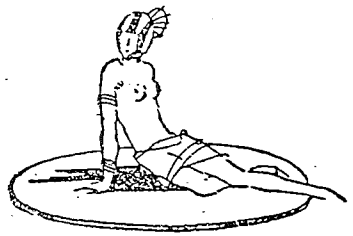
ron en los áureos siglos en que el arte era la única religión de los hombres. ¡Felices tiempos, en que la forma humana tuvo su más noble exaltación! No; Dora no era una Venus, porque si lo fuera, no estaría bien en aquel estuche coquetón de su despacho, de tapicerías azules. Dora es la Venus inmortal, que ha usado veinte siglos corsé y ha reducido el vientre; que ha encerrado otros tantos siglos sus pies en delicados estuches, y ha disminuído el tamaño de ellos, reduciéndolos a la más linda y mínima expresión.

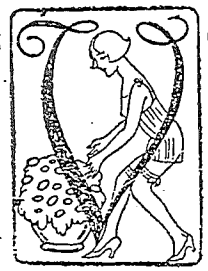
De raza aristocrática, el cuello de Dora es esbelto, y sus hombros se comban hacia adelante, mostrando la espalda bajo el cogote una atrayente molla, que hace pensar en fieras presiones por la espalda, mientras los dientes se clavarían en aquel sabroso altozano. No tiene Dora esa magnificencia de caderas de las mujeres de Rubens, ni la carnosidad de las diosas de Praxiteles, y, sin embargo, es mucho más femenina, más delicada, más bella la curva que del talle al muslo se perfila en suave línea portentosa. De marfil viejo parece la poetisa, y es tan rubio, tan tenue el rizado musgo de su sexo, que dijérase una divina floración de oro sobre la ambarina tersura del vientre.

¡Qué bello contraste forman las dos encantadoras criaturas! Los ojos de ambas fulguran con centelleantes irisaciones. Parecen cambiar de color al dilatarse las pupilas, ansiosas de belleza. La naricilla chata y respingona de Pilita parece aspirar un

enervante afrodisíaco impregnado en el aire. Sus labios se resecan y, alucinada como una mariposa ante una llama de oro, se arroja a los brazos de Dora, que la recibe sobre la gloria temblorosa de sus senos, altivamente redondos.

Es tan ardiente la sed amorosa que las devora, que, sin preludio, los sexos se buscan, ansiosos de juntar sus encendidos relieves erectizados. Cae Dora sobre la chiquilla, y acoplando magistralmente el clavel donde liban las abejas de Eros con la rosa en que Venus desfallece de ardor, en suaves roces, en locos deslices, en dulces contactos, en acertados frotamientos, mientras manos y bocas se devuelven sus caricias multiplicadas, del fondo misterioso del gran tesoro de las sensaciones, a todo vuelo, en rauda ráfaga, viene al mismo centro en que se siente un último estremecimiento, que anula toda percepción física y hunde los ojos involuntariamente en la nada, que es todo: ¡hasta el mismo Amor!





engo por ti. Ya se lo he dicho a tu mamá que te deje salir conmigo y con doña Virtudes, la *carabina,* que nos está esperando en el recibimiento.

—¡Qué *tailleur* más elegante!

—¿Qué te parece?

—Admirable.

En efecto, Dora aparecía vestida de bien original manera. Su traje sastre estaba compuesto de una chaquetilla *smoking,* con solapas de raso negro, en cuya *boutonnière,* un blanco clavel rizaba sus perfumados pétalos; el redondo seno estallaba en la blanca camisita de seda, con cuello y corbata de lazo negro; un sombrero flexible, negro, de anchas alas, bajo las que escapaban unos rizos de oro, daba a su rostro de mujer inteligente una grata sombra, que la hacía más misteriosa la inquietante mirada de los perturbadores ojos grisáceos, que tenían a veces frialdad de acero y otras fulgor de

brasas. La falda, lisa, dejaba al descubierto la mitad de las hermosas y rectas pantorrillas. Unos zapatos de tacón a la inglesa, de charol, realzaban el primor de aquella gentil y elegantísima criatura, que tenía en su mundana silueta de artista algo de princesa bohemia, de amazona intrépida o de cruel domadora. Quizá Dora del Rosal no fuera más que eso: una admirable domadora de su voluntad, de su pensamiento, que fluía armoniosamente encauzado en los musicales surtidores de sus brujas poesías.

—¡Pareces un machito!—le dijo Pilita.

—¡Qué más quisiera yo que serlo! Entonces verían las mujeres lo que era el verdadero amor. ¡Con cuánta ternura acariciaría yo vuestros delicados cuerpecitos!

Conversaban en el cuarto de Pilita, mientras ésta se ponía el sombrerito ki-ri-ki, un gracioso gorrito que la hacía más niña aun, y en cuya cúspide, un lazo parecía una inmensa mariposa parada. Una túnica rosa con una franja de badana roja, de unos seis dedos, que ceñía el redondo capitel de las piernas, aumentando su movible y oscilante atractivo, era todo lo que cubría la morena escultura púber de la nena, que al ponerse los guantes frente al espejo tuvo una mirada de satisfacción para todo el pecador encanto de su pechito saltarín, aquel desafiante pechito, partido en dos titilantes moldes de gelatina.

Pilita vivía en un piso modesto de la calle Leganitos. La casa estaba puesta como la mayoría de las

de la clase media. El comedor familiar, armario, la mesa con el hule en el que aparecen todos los reyes de España estampados alrededor; una lámpara con pantalla rosa de papel de seda, hecha por Pilita, y seis sillas. En un rincón, el imprescindible filtro Pasteur. La alcoba de los padres, un despacho-gabinete y el cuarto de la criada. Probablemente, lo único original en la casa es el dormitorio de la chiquilla, que ésta se han encargado de convertir en un muestrario de lazos y cuadros bordados en cañamazo. La camita dorada, una butaquita baja de amarilla tapicería de damasco encarnado; el lavabo, con profusión de frascos de esencias, polvos, cremas y potingues, cómplices a veces de los crímenes que realiza con su cara la perversa chiquilla.

El retrato de Dora, dedicado, tiene un puesto de honor en el espejo. En grandes letras, como lanzas, se lee: "Para ti, con toda tu *Dora*".

Se despiden de doña María, la mamá de Pilita, y del brazo bajan la escalera, dándose en cada descansillo todos los besos que pueden, unos besos que las hacen echar de menos aquella linda alcobita que acaban de abandonar.

Cuando, ya en la calle, ascienden del brazo la empinada cuesta de Leganitos, Dora propone:

—Vamos a Tournié a encargar unas pastas, dulces, pasteles, tartas, bombones; después, a la Carrera, a la florería, para que mañana por la mañana me lleven a casa lo que digamos. Ya está Gaby en Madrid, y hemos quedado en que mañana por la

noche se celebrará la fiesta. Lolita y Niní no pueden venir: van a Toledo con su padre, que ha venido de Londres ayer; pero Marichu y Gaby, tú y yo lo podemos pasar muy bien. Verás que bonito está aquello; he arreglado el saloncito de un modo que os causará sorpresa.

Llegaron a la plaza de Santo Domingo, descendiendo por la calle de las Hileras y, ganando a poco la del Arenal, subieron por Herradores a Mayor.

En Tournié Dora encargó varias cosas para que al día siguiente se las enviaran. Al salir notó Pili que un elegante joven, parado frente al escaparate, comenzó a seguirlas. Por las lunas de los comercios examinó con el rabillo del ojo al desconocido, que, la verdad, no estaba, a juicio de Pilita, del todo mal.

El perseguidor parecía que iba por ella, pues una vez que volvió la cabeza sus ojos se tropezaron con los del desconocido, que parecía embelesado acariciando con sus pupilas verdosas su cuerpecito juncal.

No quiso avisar a Dora; a lo mejor, se enfadaba y creía que había sido ella que, con una sonrisa o mirada maliciosa, le había animado a iniciar su persecución.

Dora seguía comentando los detalles de la fiesta que iba a dar en su casa, cosa que parecía ser toda su continua preocupación.

—No puedes ni soñar lo que nos vamos a divertir. Gaby ha traído de París un frasquito con co-

caína, me ha dicho que es una cosa deliciosa y esa noche la tomaremos todas. He encargado media docena de botellas de la Viuda, cigarrillos opiados Letos Amber, y como hay concierto de la Filarmónica, lo podremos oír por la radio con el altavoz que me regaló ese señor americano que me ha comprado la propiedad de mis obras.

Pilita la oía no con mucha atención, toda vez que la arrogante figura del perseguidor indiscreto se le había grabado en la imaginación de un modo definitivo.

La sorpresa de la encantadora tobillera llegó al grado máximo cuando, al entrar en la tienda de flores cercana al teatro Reina Victoria, vió que el joven seguía tras ellas hasta dentro del lindo establecimiento.

Una joven se acercó a las dos amigas para servirlas, y el caballero quedó distraído contemplando unos bellos ejemplares de claveles, colocados artísticamente en artísticos búcaros de cristal.

—¿Qué deseaban las señoritas?

—Pues verá usted. ¿Podrían mandarnos mañana a Ferraz, 201, tres docenas de claveles de esos rojos, una de blancos, dos de rosas de Francia, una de te...?

—¿Tiene la bondad?... Tomaré nota.

La empleada apuntó en un *block*. Cuando terminó con las rosas de te, preguntó:

—¿Algo más?

—¿Tiene violetas?

—Unas pocas quedan. Pero ¿no dice la señorita que lo quiere todo para mañana?

—Sí.

—¿A qué hora?

—A las cinco o las seis de la tarde.

—¡Ah!, bien. ¿Cuántas violetas ponemos?

—Un ramo grande y otro de jazmines.

—¿Nada más?

—Nada más. ¿Tomó las señas?

—Sí, señorita: Ferraz, 201. ¿A nombre de...?

—Señorita Dora Rosal, bajo izquierda.

—Bien; mañana, sin falta, tendrá usted su encargo.

—¿Cuánto he de abonarle?

—Cien pesetas.

Dora sacó del elegante bolso de cuero rojo un billete de cien pesetas, y abonó su pedido.

Después salieron a la calle. El caballero quedó en la florería; pero a poco Pilita notó que volvía a la carga, y cuando cruzaron frente a la Equitativa para tomar el tranvía, la morenilla vivaracha se dió cuenta de que el galán acortaba el paso, teniendo tiempo de saborear el regio panorama de las piernas de las dos jóvenes, que, al subir al tranvía, dejaron al descubierto las tentadoras pantorrillas, que la falda corta y estrecha dejaba al aire y al ojo.

¿Quién sería el joven aquel? Pilita comenzaba a preocuparse...

En Santo Domingo se apeó Pilita, después de quedar citada con Dora para el día siguiente, y,

con gran contento suyo, vió por la acera de enfrente al constante admirador, que no paró hasta encerrarla en casita.

¡Bah! Después de todo...





aby!

¿Quién es Gaby?

Todo un alma torturada de mujer, en la fría copa de mármol de un cuerpo insensible. Gaby es la eterna buscadora de sensaciones. Es la aventurera que recorre el mundo buscando una sensación que la hiciera despertar a la vida del amor. Gaby no fué siempre así; a su actual estado la condujo un desencanto, una triste desilusión.

Nacida y criada en París, se educó en un Liceo del barrio Latino, y una tarde, al salir de la clase, a sus oídos, como sublime música presentida, que pronto tuvo eco en su corazón, llegaron dulces palabras, que tenían su mayor encanto en ser pronunciadas por una boca fresca y varonil. Sin querer, como alucinada por la canción, aquella tarde, entre las arboledas del Luxemburgo, el jardín poético, dió su primer beso de amor a un hombre,, porque vió

que las palomas de la Fontana de la Reina Margarita juntaban también sus picos sobre la alborotada y sorprendida testa de Palifemo.

Aquel amor fué una gigante hoguera que abrasó toda su alma; aquel primer y último amor fué para ella compendio, síntesis y transformación de su vida.

Una tarde, en un hotel de una de aquella clásicas calles del barrio Latino, su virginidad fué una roja flor más con que Cupido adornó las flechas de su aljaba.

Gaby se dió a su amante con todo el entusiasmo del primer sueño, con toda la ilusión de la primera aurora de las caricias. Faltaba muchas tardes al Liceo por gozar con su amante en los lechos mercenarios de aquellos hoteles propicios. Su ardor era una extraña locura insatisfecha de placer, una inextinguible sed de besos y de posesiones. Para aquel hombre, uno como todos los demás, fueron las primicias de sus lúbricas iniciaciones de colegiala parisiense, que lee todo y sabe de todo.

Muchas tardes se embarcaban en el Sena y paseaban hasta la noche, merendando en el poético pueblecillo de Robinsón. Otras, en los verdes prados de Saint Claud, como Dafnis y Cloe, reproducían ardientes escenas de pánicos tiempos. El corazón de Gaby era una flor de fuego que se deshacía en su propio ardor. Se prodigó hasta lo indecible. Su entrega fué total: de cuerpo y alma. Y un día...

Aquel hombre, que, como la mayoría, llevaba dentro un ser calculador, cuando, harto ya de ella, cansado del mismo manjar, repetido hasta la saciedad, la examinó en chalán, comprendió que de aquella carne morena, de aquel cuerpo de maravilla, podía hacer su mina inagotable, que le produjera lo suficiente para vivir con holgura.

¿Cómo era aquel hombre?

Pues como todos los que se dedican al innoble tráfico de mujeres, cortado por el mismo patrón que otras tantas especies de rufianes.

¡Para qué describir un rufián! Es tan repugnante el retrato, tenemos, por desgracia, tantas veces que tratar con ellos, que no merecen la pena el ensuciar la pluma.

... Y un día vino la repugnante proposición; aquel hombre le mostró el espectáculo de un gran restaurant nocturno.

Había conseguido que la muchacha abandonara su casa y lo siguiera, y así le dijo al enseñarle a las famosas cortesanas, que brillaban en el mundano salón por la elegancia de sus *toilettes,* la belleza de sus cuerpos y el puesto que ocupaba el señor que las entretenía; aunque, la verdad, esto sea una gran paradoja, pues, generalmente, el que las entretiene suele ser el que más las aburre:

—Mira: ¿ves aquella del traje de seda negro y encajes de Malinas, collar de perlas y esprit de paraíso?

—Sí.

—Pues es la bella Joujou; la sostiene Pirrau, el

gran fabricante de automóviles. ¿Ves aquella otra del vestido naranja, cuyo escote le llega a la cintura, la de la gran diadema de esmeraldas?

—Sí.

—Pues no es otra que la célebre Rivi, artista del Casino y querida de Dufratel, el famoso mueblista. ¿Y aquella de blanco?

—¿La del collar de zafiros?

—La misma. Mado Remy, la entretenida por Renaut, el dueño del *stand* "La Jardinière". Pues ves, todas tienen una casa en la Avenida de los Campos Elíseos, una villa en Niza y una renta de cincuenta mil francos mensuales.

—¡Qué atrocidad!

—¡Pues si tú quisieras...!

Gaby se horrorizó, y su horror llegó a tanto, que una glacial sombra la invadió el alma, y desde aquel momento sólo pensó en abandonar a aquel malvado.

Fué tan brusca la impresión, tan inesperada la ofensa, que el corazón de Gaby pareció como si se hubiera caído en el vacío. Sintió asco, repugnancia, desilusión, desencanto y, cuando pudo huir de aquel monstruo, sin ella proponérselo, sintió una física repugnancia al sexo feo. Es más: quiso creer que como aquel no podían ser todos los hombres; pero fué tan violento el tránsito en su espíritu del mayor amor al más inmenso asco, que no pudo ya ver con buenos ojos a ningún varón. Cuando, queriendo autosugestionarse para ver de no negarse a su naturaleza de hembra, trataba de encontrar buenas cualidades en los hombres, al profundizar en sus almas descubría al rufián, embozado muchas veces en la más caballerosa correción; y es que todos, herederos de Adán, se acostumbraron tanto a que fuera Eva la que les ofreciera la manzana, que no podían ocultar aquella herencia milenaria.

Gaby perdió, con el corazón, la sensibilidad, y ya nunca más fué mujer.

Al morir su padre, rico fabricante de chocolate, fué a recoger su herencia, y con las rentas comenzó a recorrer el mundo en busca de sensaciones que despertaran en ella otra vez el deseo, que había huído no se sabía a qué lejanas y desconocidas regiones.

Una noche, de vuelta en París, cenando en uno de los innumerables restauranes-cabarets de Montmartre, conoció a una belga, que la guerra dejó viuda. Era una rubia espléndida, de mirada francamente viciosa. Comía en una mesa frente a la suya, y como no le quitara ojo y temiera una de las veces que tropezaran sus miradas, ingenua Gaby, le preguntó si la conocía; respondió la interesada que sí, y como la sorprendida le dijera:

—Estáis confundida. ¿Cómo me llamo?

—Afrodita—contestó la belga, viniendo a su mesa y besándola tiernamente en los ojos.

Verdaderamente, Gaby era bellísima; sus ojos verdes contrastaban con su pelo, negro como el ala del cuervo, cortado en pequeñísima melena, muy pe-

gadas a las sienes, muy planchadita, cosa que achicaba más su preciosa cabeza; el flequillo recto, recortado en la frente; el blanco cogote afeitado, le daban un aspecto de chiquillo; pero cuando, de pie,



Gaby era bellísima.

la soberbia criatura se erguía majestuosa, Gaby era, como hoy se dice, UNA COSA MUY SERIA.

Elegantísima, de una distinción y una cultura refinadas, era una verdadera pena que aquella divina flor-mujer hubiera perdido el alma y el corazón en un trágico accidente sentimental.

Desde su conocimiento con la belga, Gaby encontró una nueva forma del amor, y entonces, con verdadero alarde, encontrando quizá en ello más placer que en la materialidad del acto, se dió por entero a las mujeres, despertando nuevamente su ardor sensual, descarriado por culpa de un mal hombre, que no supo apreciar aquel tesoro de belleza y espiritualidad que era Gaby Montrau.

Hace algunos años, en la aristocracia española se comentó mucho el caso de una linajuda dama a quien se le achacaba también una desmedida afición a las señoras. Se decía que ayudaba a las artistas guapas de los teatros, y que no había corista de Apolo y la Zarzuela, ni chica de varietés bonita, que no se la viera en el viejo landó familiar de la noble marquesita.

Después se supo todo: aquella mujer, aquella rica descendiente de uno de los más famosos títulos de la nobleza española, había sufrido un desencanto cuando, al casarse con un hombre en quien cifró toda su ilusión de solterita, tropezó con un repugnante borracho, que desde la primera noche la maltrató de un modo grosero y lacayuno.

¡Gaby! Divina francesita morena, que lo abando-

naste todo por seguir al hombre que te pareció encerrar la idealidad de tus sueños, ¿eres tú responsable de sentir, después de aquel salivazo, una infinita repugnancia hacia los... buenos... hombres?





odo estaba dispuesto convenientemente. Allí en su alcoba, planchaditos, colocados sobre la cama, los tres pyjamas: rosa, azul y rojo; ella estaba bien con aquel negro, que hacía resaltar la aureola fantástica de su pelo, rubio como los trigales de agosto. El rojo, para Gaby; el rosa, para el diablillo encantador de Pilita, y el azul, como un jirón de cielo, ¿en dónde mejor que en la estatua de Venus rubia que era Marichu Paz?

¡Después, como habían de estorbar también aquellos ligeros trajecillos!

La primera en llegar fué Gaby. Dora, desde el despachito azul, oyó claramente parar el auto en la calle, y cuando se asomó al balconcito, a un metro de la acera, vió cruzar hacia el portal la elegante silueta mundana de la francesa. ¡Qué bien vestía Gaby! ¡Qué sencillez más encantadora presidía en

todas sus combinaciones! En el pequeño trayecto, desde el auto al portal, su divina línea parecía arrancada de las viñetas del álbum de un modisto de la rue de la Paix. Y total, ¿en qué consistía el traje de Gaby? Pues en una sencilla fundita de pañete azul marino, tan ceñida y amoldada a la estatua viva de la hermosa, que todas las deliciosas curvas se marcaban netamente con todo su valor carnal.

Dora había dado permiso aquella tarde a la doncellita hasta las nueve, y como la chica tenía novio, lo más seguro sería que hasta las diez no volviera. Salió a la puerta para recibir a su amiga.

—¡Gaby!

—¡Dora! *Ma cherie.*

En un beso largo, sabroso, que fué un gustar de fragantes claveles tibios, consistió el saludo.

Dora enlazó dulcemente por la cintura a su amiga, y la llevó a la alcobita para que se pusiera el pyjama.

—¡Qué! ¿Cómo te ha ido en este viaje por París?

—Bien, muy bien. Aunque echándote de menos. ¿Y Pilita?

—No ha venido todavía. Verás qué mona es.

—¡Oh! Tengo unas ganas locas de conocerla. Me has hablado en tus cartas tanto de ella, que estoy deseando verla. Aunque, vamos, al lado tuyo...

—Te digo que es un ángel moreno, pero un angelito hembra, primorosamente formado; tiene más muslos que yo, y no ha cumplido catorce años.

—¿Simpática?

—Un horror. A Marichu Paz ya la conoces.

—¿Sigue tan guapa?

—Más.

—Tú estás estupenda.

Gaby, al hablar, lo hacía con una gracia loca, arrastrando las *erres,* guturalizando de un modo encantador las *ges.*

—Anda—le dijo Dora—, quítate el traje ese y ponte un pyjama. Mientras, yo voy a dar luz en el comedor, porque quiero reservar todos los besos que pondría ahora al descubrir tu cuerpo para cuando todas estemos reunidas; cuando termines, dejas entreabierto el balcón; hace ya calor y conviene que esto esté ventilado, porque como el corredor es interior y hay que tener cerrada la ventana que da al patio, este es el único balcón por el que puede entrar un poco el fresco.

Dora salió, dejando a Gaby sola.

La francesa, como si se lo hubieran dicho al oído, tomó el pyjama rojo, separándolo, y, cuando la hermosa y morena carne se mostró en toda la celestial desnudez magnífica, se puso aquel delicado trajecito, que parecía una llama que envolviera el cuerpo de una ideal hechicera, que la Inquisición hubiese castigado por embrujar con su belleza.

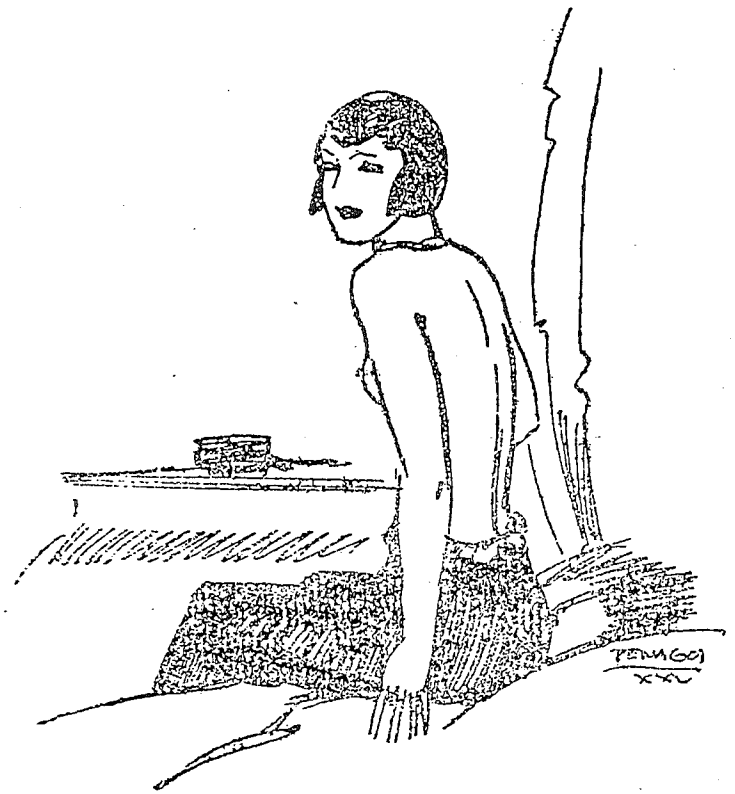
Apenas acababa de abrocharse el botón del pyjama, sonó el timbre de la puerta. Antes de salir a abrir, Dora le preguntó:

—Qué, ¿estás ya?

—Sí.

—Pues ven al comedor. Allí te presentaré a Pilita, pues, por el modo de llamar, no debe ser otra la que espera.

Dora salió de nuevo al portón, y su sorpresa fué grande cuando vió a Marichu y Pilita juntas.



La carne se mostró en su desnudez.

—Chica—manifestó esta última—, ya no necesitamos que nos presentes, porque apenas la he visto, le he dicho: "¿Verdad que es usted Marichu?" La que no debe haber venido será la francesita; ¡tardan tanto en arreglarse!

—¡Calla, muchacha!—exclamó, ya en el recibimiento, Dora—. Por esta vez, tu patriotismo ha sufrido una pequeña plancha, tan pequeña como tu pie. Gaby está ya en el comedor esperando a las españolitas.

—Voy a verla.

—No; antes, a ponerte tu pyjamita. Y ya que habéis venido juntas, claro que bajo mi presencia os vestiréis, porque ha de ser en el momento del festín, cuando todas estemos reunidas, cuando nos daremos al amor.

Pronto Marichu y Pilita, que vestían dos trajecitos punto de seda, marrón el de Pilita y avellana el de Marichu, estuvieron también en pyjama, y no se podía decir si el derroche de hermosura de la rubia era más atrayente que el capullo pasional, todo fragilidad, que venía a ser la morenita.

Volvió a entornarse el balcón, y las tres encantadoras criaturas pasaron al comedor, cuyo aspecto sobrecogió a las dos recién llegadas.

—¡Qué cosa más linda!—murmuró Pilita.

—¡Qué primor!

En efecto, Dora había hecho las cosas con todo el buen gusto que la distinguía. Su imaginación de poetisa había concebido el mejor templo, la más

adecuada capilla donde realzar la pagana gentileza de sus cuerpos de maravilla.

El comedor era una perfecta cámara oscura: colgado de negro, materialmente cubiertas las paredes y el techo de muselinas, sólo la mesa cuadrada llena de flores, repleta de golosinas y en cuyos plateados cubos dos botellas de la Viuda asomaban sus cabezotas como amenazantes falos de plata, se destacaba, iluminada a *fiomo* por un reflector perfectamente instalado en uno de los rincones de la estancia.

Gaby se había sentado en una de las sillas colocadas alrededor de la mesa, y con la lechosa y clara luz del foco aparecía como una flor más de aquellas que triunfaban entre la plata de la vajilla y el centelleo de las finas copas de bacarat. El haz luminoso estaba tan acertadamente enfilado, que la mesa parecía suspendida en la atmósfera como una de esas apariciones de los cuentos de hadas.

Pilita contempló a Gaby, y ante aquella extraña mujer, de una belleza verdaderamente inquietante, quedó alucinada. Al levantarse parecía un ser sobrenatural, pues la brillante cabecita, con el torrente de luz, se recortaba, brillante y precisa, y bajo las puntiagudas estrellas de las pestañas, los ojos verdes tenían fulgores maléficos. Dijérase que desde un plano astral las sonreía al entrar.

Gaby, al principio, no las distinguió bien; sólo cuando ya dentro del cono de luz se encontraron, reconoció a cada una de ellas:

—¡Marichu!

—¡Rica!

—¡Qué guapa!

—¡Qué divinidad! ¡Qué barbaridad! ¡Qué hermosísima estás!

—Demasiado gorda—contestó, un poco desdentada, Marichu.

—¡Ca, mujer! ¡Estás divina!

Después, volviéndose a Pilita, que había quedado un poco cohibida, continuó:

—Efectivamente, ¡un angelito, una flor de azahar! ¡Un bombón! ¡Vengan esos labios! ¡Vengan esos deliciosos morritos, que quiero comérmelos a besos.

—¡Bueno! Calma. Antes bebamos una copa del áureo jugo de las viñas de Francia, ese país todo frivolidad, donde el amor, la voluptuosidad y la independencia sensual han establecido su solio pontificio.

—¡Siempre espiritual, Dora admirable!—exclamó Gaby.

Alrededor de la mesa, de pie, con las copas en la mano, esperaron que Dora escanciara con el gran jarro de frutas el champagne helado que ésta tomara de la mesa.

Nada más bello que aquellas cuatro divinas mujeres, diferentes tipos las cuatro del jardín del amor, iluminadas por el reflector, que envolvía las cabezas en un halo luminoso.

Los rebeldes rizos rubios de Dora Rosal parecían

hebras de oro que ardieran alrededor de la interesantísima e inteligente cara de la escritora. Portentosamente se destacaba su garganta ambarina sobre las negras solapas del pyjama, y al verter en las copas el turbio topacio del espumoso vino, las manos dijéranse dos blancas azucenas, dos ideales mariposas entre las flores de los centros de mesa. Sus ojos grises resplandecían de felicidad.

Pilita, por no sabemos qué causa, se sentía atraída por la gracia inconfundible de Gaby, y la mirada verde de la francesa hacía estremecer voluptuosamente el menudo y saltarín pechito de la tobillera. Era una fuerza irresistible, un brujo maleficio el que ejercía aquella mujer sobre ella. Comprendía que Marichu Paz era hermosísima, esplendorosa, soberbia; pero aquella elegancia tan natural de la francesa, aquella distinción y, sobre todo, aquel insinuante mirar, que parecía llegar como un florete de los ojos al corazón, la inquietaba dulcemente.

Dora notó aquella predilección de Pilita por Gaby; es más: una de las veces leyó en los ojos de la encantadora tobillerita que un irrefrenable deseo la encendía, y que aquel deseo no era otro que el de acariciar la excelsa carne, la bien modelada y tibia armonía del cuerpo sin igual de Gaby.

Pronto una animada conversación se entabló, y los más despiadados comentarios, las más hirientes puyas llovieron sobre los ausentes hombres.

—¡Qué delicioso sería un mundo sin varones!

—dijo Marichu Paz, mientras le quitaba el papel de plata a un *marron-glacé.*

—¡Si no fuera porque se acabaría el mundo! —añadió Dora.

—Bueno—rectificó Marichu—; quiero decir un mundo sin hombres, pero en donde viviéramos siempre jóvenes y contentas, sin necesidad de que para vivir se tuviese que dar parte a nadie.

—¡Ja, ja! Es decir, que naciéramos espontáneamente, como los hongos!

—Como las flores—comentó la vivaracha Pilita.

—¡Qué rica estarías tú, *mon petit lapin bleu,* saliendo de un verde rosal!

Al decir esto, Gaby atrajo la cabecita de Pilita y la besó en los labios.

—¡Qué boca más fría!

—Como que estoy tomando mantecado. Esto es lo que llamamos en París un *becot frapé:* un besito helado.

—Pues son deliciosos. Yo, adorable Gaby, te voy a dar uno a la española, que, como el chocolate de nuestro país, es más pastoso, pero no por eso menos inquietante.

Se levantó Pilita y Gaby la tomó en sus rodillas, acariciándola como a un niño.

Marichu Paz y Dora Rosal no perdían el tiempo. Habían arrimado las sillas, y, como dos palomas, se daban el jamón y los dulces con los labios; las uvas en almíbar, al estrujarse en las bocas, hacían rodar gruesos lagrimones de miel que ellas apuraban en

las rojas comisuras. Las dos soberbias rubias, excitadas por la contemplación de sus esplendorosos encantos, se prodigaban las más delicadas ternuras, los mimos más exquisitos.

—Este marrón para ti, nena bonita—decía Dora.

—Este emparedado para la más eximia poetisa del mundo, para la reina del amor primorosísima, que sabe arrancar a la lira los sones más armoniosos, las más bellas imágenes, los más atrevidos pensamientos.

Se obsequiaban con todo y bebían en la misma copa el oro derretido que el sol francés hace hervir en sus esmeraldinos viñedos de la Champaña.

—Bebe, cielín, y deja que la huella en tu copa sea como el alcohol de todas las voluptuosidades.

Dora tuvo un gesto de los suyos inapreciables. Llenó una gran copa de champagne, metió el redondo y ambarino seno en ella y ofreció que bebiera a Marichu. El rojo fresón de la escritora era como un rubí tallado en el áureo cáliz, de perfecta hechura de su seno, que el vino daba más metálicas irisaciones.

Dora se levantó y, tocando un resorte disimulado en la pared, varió la dirección del haz luminoso del reflector, que iluminó entonces un lecho, hasta entonces en la oscuridad.

Era el tal un amplio diván, bajo y ancho, todo cubierto por un negro terciopelo, sobre el que desparramados, como gotas de sangre, cien claveles se destacaban sobre el negro fondo.

Gaby, en un abrir y cerrar de ojos, retiró su pyjama, y lentamente, con la majestad de Afrodita al salir de las aguas, se dirigió al florido lecho, poniéndose de pie sobre un cojín blanco, único que se recostaba como un marmóreo pedestal. En él se irguió la divina Gaby, y tal era la perfecta concepción de sus líneas, tal gracia y elegancia había en sus curvas, reflejaba la luz contal fuerza la pulida cabecita, se nimbaba el cuerpo de tal modo con el haz del reflector, que Dora, inspirada por la diosa viva, encarnada en la francesa, improvisó:

¡Salve, oh Venus amante celestial!
La que el amor concede, cual ventura
que el Olimpo al mortal
prodiga sin usura.
Otra vez en la tierra
la gloria de tu cuerpo nos alcanza,
y eres paz en la guerra
y eres todo esperanza.
El toisón de tu sexo esconde dulce herida,
miel entre fresas, manantial de olvidos,
bálsamo imponderable de la vida,
de exquisitos placeres escondidos.
Venus, madre de amor,
dulce señora:
tú sabes del ardor
de toda nuestra carne pecadora.
Reina de las calladas noches silenciosas,
en que estallan las cosas
y son los besos mieles
en encendidas bocas, cual claveles.
En toda sed de amar está, Afrodita,
tu mágico conjuro, tus arcanos,

al juntarse dos manos
y al rozarnos la piel que nos excita.
Tú dominas el mundo y es tu trono
el verde prado y la mullida cama.
¡Oh, Venus celestial! Tú eres el ama
del moro, del gentil y del cristiano.
Si Príapo se yergue ante tu paso,
es sólo pleitesía, acatamiento;
busca el divino vaso,
el crisol de su altivo nacimiento.
Tú, Gaby sin igual, eres la diosa
que París, el pastor, reconociera
como la más hermosa
y, fascinado, la manzana diera.
¡Déjame, amada, colocar, rendida,
mis besos en tu sexo estremecido,
y déjame beber todo el rocío
de ese huerto frondoso
del valle de tu vientre portentoso,
que quisiera acoplar con este mío!

Gaby saltó al suelo y, abrazando a la inspirada Dora, introdujo su lengua en la boca por la que surgieran momentos antes tan bellas estrofas.

Pilita se había quitado su pyjama, que había ido a parar a un rincón. La nena estaba un poquito borracha, y sus mejillas estallaban como los claveles del lecho, con sangrientas rojeces. Mareada, cayó sobre el lecho, y agarrando un clavel, lo introdujo en el natural violetero, que se abría entre las mallas carnosas y morenas de sus muslos color azúcar tostada. El clavel, sobre el moñito negro del sexo, parecía más rojo. Marichu besó en la flor y en el

sexo, terminando por sacar aquél, iniciando una serie de caricias que hacían murmurar a Pili en su borrachera:

—¡Uf, nena guapa! ¡Ven que te quiera yo a ti, vida! ¡Encantiño mío!



Belleza, distinción, elegancia...

69

Dora y Gaby, magníficas ya las dos en su plena desnudez, habían llegado a un recíproco inverso acoplamiento, que las impedía todo género de expansión oral.

Era un espectáculo digno de dioses aquel que ofrecían las cuatro soberbias criaturas entregadas

al ardor de su desenfrenado tribadismo. La pompa altiva, dorada como un colosal membrillo, de Dora, oscilaba como la majestuosa popa de una fragata sobre el vientre de la francesa. Los brazos de ambas eran tibias guirnaldas alrededor de los cuellos, bajo las cinturas cimbreantes. Las pupilas, medio entornadas, de un verde berilo, de Gaby, buscaban en las azulencas-grisáceas de Dora la llama ardiente del deseo, la voraz lumbrarada de la lujuria, que hacía dilatar los pechos, endurecer los pezones y acelerar el ritmo de los movimientos.

Gaby besaba como una consumada cortesana, rozando con sus labios la grana húmeda de los de Dora; el lóbulo coralino de la oreja; las aletas, vibrátiles por la sensación, de la nariz; los estremecidos párpados por la voluptuosidad. La mano de la maga de las caricias rozaba el ambarino hemisferio posterior de la escritora. Aquella mano recorría la espalda, la cintura, los muslos, los senos, los brazos, el cuello, el pelo, en rápidos pases, que contraían y dilataban dulcemente los nervios hiperestesiados de Dora. En la caracola de la orejita, entre los áureos rizos del pelo, Gaby ponía deliciosos besos, tenues mordisquillos, que hacían crujir como infinitos latiguillos las fibras sensibles de la hermosa rubia. Era tal la sensación experimentada por ésta, que no podía, imposibilitada por el placer, corresponder a la amante criatura, que la llevaba al séptimo cielo de la sensualidad.

Poseedora de un arte exquisito, Gaby sabía besar con los picos duros y rojos de sus pezones, con la fresa encendida de su sexo, con la fragante herida de sus labios, con la azucena escalofriante de su mano, con el pétalo tibio de sus muslos. De todos los poros de su piel salían besos, que envolvían en enloquecedoras ondas a la escritora.

Pilita y Marichu suspiraban ya con tiernos lamentos entrecortados. Rotas, desmadejadas, a plena luz del reflector el negro y palpitante sexo de la chiquilla, pendientes las piernas, como flejes que hubieran perdido su elasticidad, sólo los deditos, pétalos rosa, de los pies, se contraían todavía como agarrotados por el espasmo que en fiera sacudida había recorrido aquel divino cuerpecito moreno, junto al que se destacaba la ebúrnea blancura de Marichu, cuya mano jugaba todavía con uno de los sonrosados botoncillos del pecho de la tobillerita.

Gaby y Dora rodaron también al abismo rosa del pecado de Lesbos; de más resistencia para el placer, quizá la francesa, para no desilusionar a su amiga, mintió en aquel instante..., porque cuando vió que Dora quedaba inerte, con los ojos cerrados, como paladeando mejor el intenso gozo que la invadía, se levantó y, cogiendo del bolsillito del pyjama una cajita de oro, tomó de ella una pequeña dosis de cocaína, que aspiró con delicia. Al instante, los ojos verdes se tornaron en negros por la gran dilatación de las pupilas; la boca, como cereza, parecía estremecida por un tic nervioso.

—¡Dora! ¡Vida! ¡Muérdeme! ¡Aquí, en el pecho!

¡Tú, Marichu! ¡Acaricia mi hambriento *gatito!* ¡Pilita, bésame!

Entonces el grupo tomó caracteres de maravillosa apoteosis; las carnes desnudas, estremecidas por la voluptuosidad, vibraban a impulso de la sáfica pasión. Para cada sexo había una boca; para cada seno, una mano.

Gaby, a todo lo largo del negro lecho, atormentada por las inquietudes del alcaloide, atraía sobre su sexo la cabecita de muñeca morena de Pilita; besaba al mismo tiempo el rubio panal de inapreciables mieles de Marichu, quien, acariciada por Dora, llenaba de besos el bello vientre de la poetisa.

Suspiraban los labios cuando la caricia lo consentía; palpaban, se escurrían, separaban, se deslizaban y hundían las manos en todos los rincones, y era para todas raso tibio, angustia exquisita, contracción inquietante, espasmo agotador el momento, todo sensación y voluptuosidad.

Gaby rompió la armonía del grupo: se desanudó de la hermosa cadena, y volvió a sacar la cajita de cocaína. Entonces Dora quiso probarla, y ya las demás quisieron sentir la nueva y peligrosa locura.

Formando un corro encantador, aspiraron la temible y exquisita droga.

—¡Oh, qué bueno! ¡Más, más!—suplicaba Marichu.

—¡Un poquito! ¡Otro poquito!—solicitaba Dora.

—¡Qué bien le hace esto al corazón!

La diabólica francesita llegó hasta la mesa, ocul-

ta en la oscuridad, tomó una botella de champagne y bebía de un gran trago; a raudales corría por su pecho el dorado y espumoso vino, Dora lo bebía entre los dos morenos pechitos de Gaby.

Marichu y Pilita apuran otras dos botellas, y derramando la mayor parte, entre risas y gritos, producidos por la frialdad del líquido al correr por sus carnes ardorosas.

Entre la cocaína y el champagne, la borrachera llegó a su colmo.

Poco a poco los besos fueron debilitándose, y, como vencidas por la orgía, agotadas por aquel sáfico festín, fueron cayendo en el lecho de terciopelo negro como diosas vencidas.

El reflector era como una divina mirada que venía de la altura, fantástica pupila de un dios que se recreaba en tanta humana perfección. Los claveles habían rodado al suelo, formando una guirnalda alrededor del lecho.

—¡Más, más cocaína!—murmuraba Dora.

—*¡Encore de la coco!*—musitaba Gaby.

—Bésame, Gaby—soñaba Pilita.

Marichu se agitaba en fugaces convulsiones, y de cuando en cuando llevaba su mano al incendiado sexo.

—¡Pégame, pégame!—sollozaba—. ¡No me siento! Parece que no existo.

Poco a poco se hizo el silencio. Agotadas, quedaron como muertas.



En aquel momento, por entre las colgaduras del salón, unos ojos eléctricos, unos ojos radiantes, parecieron sonreír.

Tras de los ojos apareció una cabeza varonil. Después avanzó la cabeza. El cuerpo no se distinguía; vestido de negro, sólo la blanca pechera formaba un blanco triángulo, que se fué acercando al lecho. Pero al traspasar la zona luminosa, la esbelta figura de un hombre joven, de alisado cabello negro, peinado hacia atrás; ojos vivísimos, nariz recta y boca un tanto de satirillo, se irguió junto al grupo de las dormidas bacantes.

Pulcramente afeitado, terno azul irreprochable, aquel hombre tenía todo el aire de un príncipe de leyenda fin de siglo o de artista en el apogeo de la gloria y el dinero; más bien esto último, que los ojos, al posarse en los cuerpos, tenían un brillo de adoración, de éxtasis, que sólo los que tienen como religión el arte, llevan en las pupilas.

Quedó el caballero mudo de asombro unos instantes; después se acercó hasta tropezar con el lecho, y comenzó a besar en las desnudas y desmayadas estatuas primorosas.

Pilita, Dora, Gaby... ¡Todas eran igual! Pechos, muslos, vientres..., en todos los rincones hizo el hombre ofrenda de amor.

Se le hubiera visto dudar, detenerse, emprender de nuevo el juego, vacilar otra vez...

El aroma de las flores en la cerrada estancia invadió su cerebro. Sintió que sus sienes latían precipitadamente, y que la sangre, alboratada por el espectáculo, se atropellaba hacia el sitio que su excitación reclamaba.

La razón, el cálculo, la discreción, el respeto a la belleza, todo cayó por tierra.

Aquel hombre, que había entrado en la casa por el balcón de la alcoba que dejaran entornado, era el mismo que siguiera a Pilita días antes. No era un enamorado. Era un ladrón que, habiendo escuchado la conversación de Dora y la tobillera, tenía planeado el atracar la casa de la ilustre poetisa.

Pero pongámonos todos en el caso del salteador. Admitamos que la necesidad nos empuja a dar tal paso, y decidme: ¿qué es lo que nos llevamos de allí?

Lo que el caballero vestido de azul: los rojos rubíes de dos virginidades, que en la pesada borracha de alcohol y cocaína no sintieron el don que se llevaban, y el resurgir de dos diabólicas almas de mujer: la de Dora y Gaby, que, desde entonces, reconocieron que por muy brutos que seamos los hombres, hay soluciones que no se encuentran si falta tan importante factor.

La naturaleza, no cabe duda, se vale de todos los medios para hacer valer sus derechos y mantener sus leyes.



EN